

El Rey Barba aguda.

CUENTO DE GRIMM.

(TRADUCCION DE JOSÉ S. BIEDMA.)

Un rey tenía una hija estremadamente hermosa, pero también muy orgullosa y atrevida, de manera que ningún novio le parecía bueno para marido: despedía uno tras otro y además se burlaba de ellos. En una ocasión dispuso el rey su padre un espléndido festín e invitó á él á todos los jóvenes solteros de los reinos próximos y lejanos. Colocáronse todos en orden según su clase y estado; primero los reyes, después los príncipes, luego los duques, condes y barones, y por último los nobles. La hija del rey recorrió entonces la fila, mas á cada cual le encontraba su falta. Uno era demasiado grueso, — parece un tonel — decía: otro muy alto, — alto y delgado como una caña; — el tercero demasiado bajo, — en poca chimenea poco humo cabe; — el cuarto muy pálido, — parece un cadáver; — el quinto muy colorado, — cresta roja; — el otro tenía poco color, — leña verde tarde se seca. Y así ponía á cada uno su tacha, pero se burlaba principalmente de un rey que era muy buen mozo, mas tenía la barba un poco larga, por lo que decía riéndose, su barba es tan aguda como el pico de un ave, y desde entonces se le conoció con el nombre de barba aguda. Cuando vio el rey su padre que su hija no hacía mas que burlarse de todos los jóvenes que estaban allí reunidos, se encolerizó y juró casarla con el primer mendigo que llegase á su puerta.

Algunos días después se puso un músico á tocar delante de una ventana pidiendo limosna, y apenas le vió el rey, mandó que le dejasen entrar. Presentóse el músico con sus vestidos andrajosos y sucios, tocó delante del rey y de su hija y pidió humildemente, según costumbre, algún donativo. El rey le contestó: — Tu música me ha agradado tanto que te voy á dar en recompensa á mi hija por esposa. — Asustóse la niña, y añadió su padre: — He hecho el juramento de casarte con el primer mendigo que se presentase á la puerta de mi palacio, y le cumpliré. — No pudo replicar, hallábase presente un capellán, y tuvo que dar su mano al músico. Apenas hubo terminado la ceremonia, añadió el rey. — Nada tienes ya que hacer aquí, te has casado con un mendigo y no puedes habitar en mi palacio, debes vivir con tu marido.

El mendigo la tomó de la mano, y ella le siguió á pié. A poco rato llegaron á un bosque muy grande, y preguntó la niña:

— ¿De quién es este bosque?

— Es del rey Barba aguda, si tú fueras su esposa tuyo fuera sin duda.

— ¡Ah! pobre niña ruda!

¿Por qué no me he casado con el rey Barba aguda?

Llegaron después á un extenso prado, y volvió á preguntar:

— ¿De quién es ese prado?

— Es del rey Barba aguda, si tú fueras su esposa tuyo fuera sin duda.

— ¡Ah! pobre niña ruda!

¿Por qué no me he casado con el rey Barba aguda?

No tardaron en llegar á una hermosa ciudad, y preguntó de nuevo:

— ¿De quién es este pueblo?

— Es del rey Barba aguda, si tú fueras su esposa tuyo fuera sin duda.

— ¡Ah! pobre niña ruda!

¿Por qué no me he casado con el rey Barba aguda?

— No me agrada, dijo el músico, que estés siempre manifestando sentimiento de no haber tomado á otro marido; ¿acaso no soy yo bastante bueno para tí? — Llegaron al fin á una pobre casita, y exclamó la joven:

— ¿De quién ¡oh Dios! es casa tan pequeña?

¡Vivir debe su dueño en la miseria!

El músico la contestó: Esa es nuestra casa, en la cual habitaremos juntos. — Tuvo que encorvarse para entrar por la puerta, pues era demasiado baja. — ¿Dónde están los criados? dijo la hija del rey. — ¿Qué criados? contestó el mendigo, tú tienes que hacerlo todo, encender la lumbre, traer agua y prepararme la comida; estoy muy cansado. — Pero la hija del rey no sabía encender lumbre ni guisar, y el mendigo tuvo que enseñarla por sí mismo, lo cual fué todavía mas penoso. Acostáronse apenas habían tomado un escaso alimento, pero por la mañana tuvieron que madrugar para limpiar la casa. Vivieron un par de días de esta manera hasta que agotaron todas sus provisiones. Entonces dijo el mendigo: — Mujer, esto no puede continuar así, pues comemos mucho, y no ganamos nada; tienes que hacer cestos. — Salió, cortó mimbres y los trajo á su casa; la hija del rey comenzó entonces á tejerlos, pero sus tiernas manos no podían sujetar los duros mimbres. — Esto no va bien, dijo el marido, ponte á hilar, quizá lo hagas mejor. — Probó á hilar, pero el áspero lino no tardó en herir sus delicados dedos, de modo que saltaba sangre de ellos. — Ya lo ves, continuó el marido, no sirves para trabajar, de manera que he empeorado contigo. — Harémos otra prueba, te traeré un cesto con loza y vidrio, vas al mercado y lo vendes. — ¡Ay! pensó la pobre niña, si va al mercado alguna persona del reino de mi padre, y me vé sentada y vendiendo se burlará de mí. — Pero no le valió de nada, tuvo que hacerlo, si no quería morir de hambre. La primera vez la fué bien, pues las gentes la compraban porque era hermosa, y la pagaban por sus mercancías lo que pedía, y aun muchos la daban el dinero y no querían llevar nada. Vivieron con este dinero todo el tiempo que duró, y entonces la trajo su marido otra cantidad de loza. Paróse con ella en una esquina del mercado y comenzó á vender; mas pasó de pronto un húsar ébrio, el cual saltó con su caballo por encima del vidriado y le hizo cien mil pedazos. La pobre mujer comenzó entonces á llorar y creía morir de angustia. — ¿Qué va á ser de mí? exclamó, ¿qué dirá mi marido? — Corrió á su casa y le refirió su desgracia. — ¿Pero quién se pone á vender loza en una esquina del mercado? la dijo este, deja el llanto, y convéncete de que no sirves para trabajar. He estado en el palacio de nuestro rey, y he preguntado si necesitaban una criada para la cocina, y me han prometido recibirte; así ganarás con mas facilidad la comida.

La hija del rey se convirtió entonces en cocinera; tenía